

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA INTERDICCIÓN

Dedicada al señor contra-
almirante Bazoché, goberna-
dor de la isla Borbón,
por el autor agradecido,
DE BALZAC

En 1828, á eso de la una de la madrugada, dos personas salían de un palacio situado en el arrabal de Saint-Honoré, cerca del Eliseo-Borbón; uno de ellos era un médico célebre, Horacio Bianchón, y el otro uno de los hombres más elegantes de París, el barón de Rastignac, ambos amigos desde hacía mucho tiempo. Los dos habían despedido su coche, y, aunque no lograron encontrar ninguno en el arrabal, como la noche estuviere hermosa y el piso seco, Eugenio de Rastignac dijo á Bianchón:

—Vamos á pie hasta el bulevar, tomaremos un coche en el círculo, donde los hay hasta el amanecer, y me acompañas á casa.

—Con mucho gusto.

—Y bien, querido mío, ¿qué me dices?

—¿De esa mujer? respondió friamente el doctor.

—Reconozco en ti á mi Bianchón de siempre, exclamó Rastignac.

—Y bien, ¿qué?

—Pero, amigo mío, me hablas de la marquesa de Espard como si se tratase de un enfermo que desease entrar en tu hospital.

—¿Quieres saber lo que pienso, Eugenio? Pienso que si

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

BIBLIOTECA ALFONSO REYES

dejas á la señora Nucingen por esa marquesa, habrás cambiado los ojos por el rabo.

—La señora Nucingen tiene treinta y seis años, Bianchón.

—Y la otra treinta y tres, se apresuró á replicar el doctor.

—Sus más crueles enemigos no le echan veintiséis.

—Querido mío, cuando tengas interés en conocer la edad de una mujer, mírale las sienes y la punta de la nariz. Por mucho que hagan las mujeres con sus cosméticos, no podrán nunca contra esos incorruptibles testigos de sus agitaciones. En esos dos puntos es donde deja cada año sus estigmas. Cuando las sienes de una mujer están blandas, rayadas y ajadas de un modo especial; cuando en la punta de la nariz se ven esos puntitos negros, que se parecen á las imperceptibles partículas que derraman sobre Londres las chimeneas donde se quema carbón de piedra, ten la seguridad absoluta de que la mujer pasa de los treinta años. Será hermosa, tendrá gracia, será amante, gozará de cuantos encantos quieras, pero pasará de los treinta años y ha llegado ya á su madurez. No critico yo al que se enamora de esta clase de mujeres; pero entiendo que un hombre tan distinguido como tú no debe confundir una camuesa de febrero con una manzana que sonríe en su rama y está pidiendo un mordisco. Ya sé que el amor no va á consultar nunca la partida de bautismo: nadie ama á una mujer porque tenga tal ó cual edad, porque sea hermosa ó fea, estúpida ó inteligente, sino que se ama porque se ama.

—Pues bien, yo la amo por otras muchas razones. Es marquesa de Espard, se apellida Blamont-Chauvry, está hoy de moda, tiene una gran alma, un pie tan bonito como el de la duquesa de Berry, cien mil francos de renta, y acaso sea algún día mi esposa; en una palabra, que me pondría en posición de poder pagar todas mis deudas.

—Yo te creía rico, dijo Bianchon interrumpiendo á Rastignac.

—¡Bah! tengo quince mil francos de renta, que es precisamente lo que necesito para sostener mis cuadras. Querido mío, me la pegaron inicuaente en el asunto Nucingen. Ya te contaré esa historia. He casado á mis hermanas, y esto es lo único que he salido ganando en limpio desde que nos hemos visto, y, á decir verdad, prefiero haberlas establecido que poseer cien mil francos de renta. Ahora ¿qué quieres

que haga? Yo soy ambicioso. ¿Adónde puede llevarme la señora Nucingen? Un año más, y estaré estropeado y cascado como un hombre casado. Sufro hoy todos los inconvenientes del matrimonio y los del celibato, sin tener las ventajas del uno ó del otro, situación falsa á que llegan todos los que permanecen demasiado tiempo cosidos á una misma falda.

—¿Y crees encontrar aquí la solución del problema? dijo Bianchón. Tu marquesa, querido mío, no me es nada simpática.

—Es que tus opiniones liberales te ofuscan. Si la señora de Espard fuese una señora Rabourdín...

—Escucha, querido mío; noble ó plebeya, esa mujer para mí no tiene alma, y será siempre el tipo más acabado del egoísmo. Créeme, los médicos estamos acostumbrados á juzgar á los hombres y á las mujeres, y los que somos un tanto hábiles, reconocemos el alma al mismo tiempo que el cuerpo. A pesar de ese bonito saloncito donde hemos pasado la noche, á pesar del lujo de ese palacio, no tendría nada de particular que la marquesa estuviese empeñada.

—¿En qué te fundas para decir eso?

—Yo no afirmo; supongo. Esa mujer ha hablado de su alma como el difunto Luis XVIII hablaba de su corazón. Escúchame; esa mujer raquítica, blanca y de cabellos castaños, que se queja para inspirar compasión, goza de una salud de hierro y posee un apetito de lobo y una fuerza y una cobardía de tigre. Jamás he visto disfrazar á nadie como á ella la mentira. ¡Ecco!

—Me asustas, Bianchón. ¿De modo que has aprendido muchas cosas desde que vivíamos en la casa Vauquer?

—Desde entonces, querido mío, he visto infinidad de títeres y de muñecos. Conozco algo las costumbres de esas hermosas damas, cuyo cuerpo cuidamos y lo que ellas tienen de más precioso, ó sea su hijo, cuando le aman, y su rostro, por el que siempre sienten adoración. Pasa uno las noches á su cabecera, se sacrifica uno por evitar la más ligera alteración de su belleza, y, una vez que lo has logrado y que les ha guardado uno el secreto, piden la cuenta y siempre la encuentran cara. ¿Quién las ha salvado al fin y al cabo? La naturaleza, dicen ellas. Lejos de alabarle á uno, le critican, á fin de que no pase uno á ser médico de sus mejores amigos. Querido mío, esas mujeres de quienes vosotros decís: «¡Son

unos ángeles!» las he visto yo desprovistas de esas mascarillas, bajo las cuales cubren su alma, y de esos trapillos, bajo los cuales ocultan sus imperfecciones; en una palabra, sin corsé y sin adornos, no resultan en verdad hermosas. Cuando vivíamos en la casa Vauquer, empezamos ya por ver mucha suciedad en el mundo; pero lo que hemos visto allí no era nada. Desde que frecuento el gran mundo, he visto verdaderos monstruos vestidos de satén y grandes señores ejerciendo la usura en mayor escala que el papá Gobsech. Para vergüenza de los hombres, cuando he querido dar la mano á una virtud, la he encontrado temblando de frío en una buhardilla, perseguida por la calumnia, viviendo con mil quinientos francos al año y pasando por una loca, por una original ó por una estúpida. En fin, querido mío, la marquesa es una mujer á la moda, y esa clase de mujeres son, precisamente, las que me causan más horror. ¿Quieres saber por qué? Una mujer que está dotada de alma grande, de gusto delicado, de gran corazón, y que hace una vida sencilla, no tiene probabilidad alguna de ser una mujer á la moda. En definitiva, una mujer á la moda y un hombre en el poder, tienen perfecta analogía; pero existe la diferencia de que las cualidades mediante las cuales se eleva un hombre por encima de los demás, le engrandecen y constituyen su gloria; mientras que las cualidades por medio de las cuales llega una mujer á su imperio de un día, son en realidad espantosos vicios: la mujer se desnaturaliza para ocultar su verdadero carácter, y tiene que tener una salud de hierro bajo una apariencia raquítica, á fin de poder hacer la vida militante del mundo. En calidad de médico, sé que la bondad del estómago excluye la bondad del corazón. La mujer á la moda no siente nada, su afán de placeres tiene por causa el deseo de animar su naturaleza fría, y busca emociones y goces, como lo busca el anciano entre los bastidores de la Ópera. Como tiene más cabeza que corazón, sacrifica en pro de su triunfo las pasiones verdaderas y á los amigos, del mismo modo que el general hace entrar en fuego á sus más adictos oficiales para ganar una batalla. La mujer á la moda no es siquiera mujer: no es ni madre, ni esposa, ni amante. Médicamente hablando, tiene el sexo en el cerebro. Del mismo modo, tu marquesa ofrece todos los síntomas de su monstruosidad: tiene el pico de ave de presa, los ojos claros, la mirada fría y la palabra engañadora; está pulida como el

acero de una máquina, y la conmueve todo, menos el corazón.

—Bianchón, no deja de haber algo de verdad en lo que dices.

—¿Algo de verdad? ¡todo! repuso Bianchón. ¿Crees acaso que yo no me sentí herido en lo más profundo de mi corazón por la insultante cortesía con que me hacía medir la distancia ideal que la nobleza pone entre nosotros? ¿Crees que no me sentí apiadado al pensar en el objeto que perseguía con sus caricias de gata? Dentro de un año, esa mujer no se tomaría la molestia de escribir ni una letra para hacerme el más insignificante favor, y esta noche me ha prodigado infinitud de sonrisas creyendo que yo puedo influir sobre mi tío Popinot, de quien depende el que ella gane su pleito.

—Y bien, amigo mío, ¿hubieras preferido acaso que te hubiera hecho desprecios? Admito tu catilinaria contra las mujeres á la moda, pero en esto último entiendo que no estás en lo cierto. Yo preferiría siempre tener por mujer á la marquesa de Espard, que á la criatura más casta, más recogida y más amante de la tierra. Cásese usted con un ángel, y es preciso ir á enterrarse con ella en el interior de un campo para poder disfrutar de su dicha. La mujer de un hombre político es una máquina de gobierno, es un autómatas destinado á hacer agradables cumplidos, es el instrumento primero y más fiel de que se sirve un ambicioso; en una palabra, es un amigo á quien se puede comprometer sin peligro y á quien se puede desaprobear sin consecuencia. Supón á Mahoma en París, en el siglo xix; su mujer sería una Robán, una duquesa de Chevreuse de la Fronza, fina y halagüeña como un embajadora y astuta como Figaro. La mujer amante no le conduce á uno á ningún lado, mientras que una mujer de mundo le conduce á uno á todas partes, y es el diamante con que el hombre corta todos los vidrios cuando no posee la llave de oro con que se abren todas las puertas. A los modestos, las virtudes modestas; á los ambiciosos, los vicios de la ambición. Por otra parte, amigo mío, ¿crees tú que el amor de una duquesa de Langeais, ó de Maufrigneuse, ó de una lady Dudley, no le proporciona á uno inmensos placeres? ¡Si supieras cuánto valor da la actitud fría y severa de esas mujeres ó la menor prueba de su afecto! ¡Qué alegría ver una pervinca despuntando bajo la nieve! Una sonrisa dirigida por debajo del abanico, desmiente la

reserva de una actitud dispuesta por el mundo, y equivale á todas las ternuras excesivas de la mujer vulgar de abnegación hipotética, pues en el amor la abnegación está muy cerca de la especulación. Además, una mujer á la moda, una Blamont-Chauvry, también tiene sus virtudes. Estas son la fortuna, el poder, el brillo, un cierto desprecio por todo lo que está debajo de ella.

—Gracias, dijo Bianchón.

—Vamos, vamos, respondió Rastignac riéndose, no seas vulgar y haz como tu amigo Desplein: sé barón, sé caballero de la orden de San Miguel, aspira á la dignidad de par y casa á tus hijas con duques.

—¿Yo? ¡ca! ¡llévase el diablo...!

—¡Vaya, vaya, vaya! ya veo que sólo eres superior en medicina; á decir verdad, me causas lástima.

—¡Qué quieres! odio á todas esas gentes y deseo vivamente que haya una revolución que nos libre por completo de ellas.

—Según eso, señor Robespierre con lanceta, ¿no irás mañana á casa de tu tío Popinot?

—Sí, dijo Bianchón, tratándose de ti, iría hasta el infierno.

—Querido mío, te lo agradezco en el alma, y te doy las gracias con lágrimas en los ojos. He jurado que el marqués saldría perdiendo.

—Pero, dijo Horacio continuando, no te aseguro el logro de tus deseos hablando á Juan Julio Popinot, pero te prometo llevarlo pasado mañana á casa de tu marquesa, y ella verá si puede conquistarle. Mucho me temo que no. Todas las trufas, todas las duquesas, todos los pollos, que el rey le prometiese la dignidad de par y que Dios le diese la investidura del paraíso y las rentas del purgatorio, en una palabra, todos los poderes del mundo no creo que sean bastantes á hacerle prevaricar. Popinot es juez como la muerte es la muerte.

Los dos amigos habían llegado al ministerio de Estado, situado en la esquina del bulevar de los Capuchinos.

—Ya estás en tu casa, le dijo Bianchón riéndose y señalando con la mano el edificio del ministerio. Y allí tengo ya coche, dijo señalando un fiacre. Este resume perfectamente nuestro respectivo porvenir.

—Sí, tú serás feliz en el fondo del agua, mientras que yo

lucharé siempre en la superficie con las tempestades, hasta que, zozobrando, vaya á pedirte algún día puesto en tu gruta.

—Hasta el sábado, replicó Bianchón.

—Convenido, dijo Rastignac.

—¿Me prometes traer á Popinot?

—Sí, haré para ello todo lo que mi conciencia me permita.

—¡Pobre Bianchón! nunca será más que un hombre honrado, se dijo Rastignac á medida que el fiacre se alejaba.

—Rastignac me ha encargado la negociación más difícil que puede haber en el mundo, se dijo Bianchón levantándose y recordando la delicada misión que le había sido confiada. Pero yo no le he pedido á mi tío ningún favor en la Audiencia, mientras que él me ha hecho hacer mil visitas gratis. Por otra parte, entre nosotros creo que habrá franqueza, y una vez que me diga sí ó no, todo habrá acabado.

Después de este corto monólogo, el célebre médico se dirigió, á eso de las siete de la mañana, hacia la calle de Fouarre, donde vivía don Juan Julio Popinot, juez de primera instancia del departamento del Sena. La calle de Fouarre fué en el siglo XIII la más ilustre de París. Allí estuvieron las escuelas de la Universidad cuando la voz de Abelardo y la de Jersón resonaban en el mundo científico. Dicha calle es hoy una de las más sucias del distrito duodécimo, que es el barrio más pobre de París, el que cuenta con cerca de dos tercios de su población que carecen de leña en invierno, el que manda más hijos expósitos á la inclusa, más enfermos al hospital, más mendigos y traperos á las calles y el que cuenta con más ancianos achacosos paseándose á lo largo de las paredes en que da el sol, con más obreros sin trabajo en las plazas y con más detenidos en la policía correccional. En medio de esta calle, cuyo arroyo encamina hacia el Sena las aguas negras de algunas tintorerías, existe una casa vieja, restaurada sin duda bajo el reinado de Francisco I y construída con ladrillos mantenidos á intervalos por trozos de pared hechos con piedra tallada. Su solidez parece atestiguada por una configuración exterior que se ve frecuentemente en algunas casas de París. Si se me permite la frase, diré que tiene una especie de vientre producido por la dilatación que sufre el primer piso, abolido por el peso del segundo y del tercero, pero que está

sostenido por el fuerte muro del piso bajo. Al primer vistazo, parece que los entredoses de las ventanas van á reventar á pesar de los refuerzos de piedra tallada; pero el observador no tarda en apercibirse de que ocurre con esta casa como con la torre de Bolonia: los ladrillos y las piedras viejas conservan invenciblemente su centro de gravedad. En todas las estaciones, los sólidos zócalos del piso bajo ofrecen ese tinte amarillento y ese imperceptible mugre que la humedad comunica á la piedra. El transeunte siente frío caminando á lo largo de esta pared, donde algunos poyos inclinados le libran apenas del barro de los cabriolés. Como ocurre en todas las casas construidas antes de la invención de los coches, el hueco de la puerta forma una arcada sumamente baja, bastante parecida al pórtico de una prisión. A la derecha de esta puerta se ven tres ventanas provistas exteriormente de rejas de hierro de malla, tan estrechas y de cristales tan sucios y empolvados, que no permiten ver á los curiosos el destino interior de las piezas húmedas y sombrías á que prestan luz; á la izquierda existen otras dos ventanas semejantes, una de las cuales permanece á veces abierta y permite ver al portero, á su mujer y á sus hijos, corriendo de un lado á otro, trabajando, cocinando, comiendo y gritando en medio de una sala entarimada, donde todo está derruido y adonde se baja por dos escalones, profundidad que parece indicar la progresiva elevación que va adquiriendo el pavimento parisiense. Si algún día de lluvia se abriga algún transeunte bajo la larga bóveda de vigas salientes y blanqueadas con cal que conduce de la puerta á la escalera, le es difícil dejar de contemplar el cuadro que ofrece el interior de esta casa. A la izquierda se encuentra un jardinito cuadrado, que no permite dar más de cuatro pasos en ningún sentido, jardín de tierra negra donde existen parras sin pámpanos y donde, á falta de vegetación, van á ocupar la sombra de los árboles trozos de papel, trapos y guijaros, cascotes caídos del techo; tierra infértil, donde el tiempo ha impreso, al igual que sobre las paredes, sobre el tronco de los árboles y sobre las ramas, una polvorienta huella. Los dos cuerpos del edificio de que se compone la casa, toman luz de este jardinito, rodeado por dos casas vecinas, decrepitas y amenazando ruina, y en cada uno de cuyos pisos se ve alguna grotesca muestra del oficio ejercido por el inquilino. Allí largas estacas soportan numerosas capas de lana teñida que están secándose; aquí se balan-

cean sobre una cuerda algunas camisas lavadas; más arriba se ven algunos libros recién encuadernados, colocados sobre el tablero prensador; las mujeres cantan, los maridos silban, los niños gritan; el carpintero sierra las maderas; un tornero en cobre hace chirriar el metal; todas las industrias se armonizan para producir un ruido que el número de los instrumentos hace furibundo. El sistema general del decorado interior de este paisaje, que no es ni patio, ni jardín, ni bóveda, y que participa de todas estas cosas, consiste en pilares de madera colocados sobre dados de piedra y que representan ojivas. Dos arcadas dan al jardinito; otras dos, que están frente á la puerta cochera, permiten ver una escalera de madera cuyo pasamano fué antaño una maravilla de carpintería y cuyos viejos peldaños crujen bajo los pies. Las puertas de cada piso ostentan las jambas y el dintel negros de grasa y polvo, y están provistas de dobles puertas forradas de terciopelo de Utrecht y adornadas con clavos dorados dispuestos en forma de rombo. Estos restos de esplendor anuncian que bajo el reinado de Luis XIV esta casa había sido habitada por algún consejero del Parlamento ó por ricos eclesiásticos. Pero estos vestigios del antiguo lujo hacen asomar una sonrisa á los labios á causa del sencillo contraste que ofrecen entre el pasado y el presente. Don Juan Julio Popinot vivía en el primer piso de esta casa, donde la obscuridad, natural á los primeros pisos de las casas parisienses, aumentaba aún á causa de la estrechez de la calle. Este viejo edificio era muy conocido en todo el duodécimo distrito, al que la Providencia había dado aquel magistrado, como da una planta bienhechora para curar ó aliviar cada enfermedad. He aquí el retrato del personaje á quien quería seducir la brillante marquesa de Espard.

En calidad de magistrado, el señor Popinot iba siempre vestido de negro, traje que contribuía á hacerle ridículo á los ojos de las personas acostumbradas á juzgarlo todo superficialmente. Los hombres celosos por conservar la dignidad que impone este traje, tienen que someterse á cuidados continuos y minuciosos; pero el señor Popinot era incapaz de obtener para sí la limpieza puritana que exige lo negro. Su pantalón, siempre viejo, parecía de crespón, tela con que se hacen las togas de abogado, y sus posturas habituales acababan por dibujar en él un número tan grande de arrugas, que había lugares en que se veían líneas blancas, rojas

ó lustrosas, que denunciaban una avaricia sórdida ó la pobreza más descuidada. Sus gruesas medias de lana se veían bajo sus deformes zapatos. Su ropa blanca tenía esos tonos rojizos que acostumbra á adquirir cuando ha permanecido largo tiempo en un armario, tonos que anunciaban en la difunta señora Popinot la manía por la ropa blanca. La levita y el chaleco del magistrado estaban en armonía con el pantalón, los zapatos, las medias y la ropa interior. Su incuria le causaba una inexplicable dicha, pues el día que estrenaba una levita, procuraba ponerla en armonía con las demás prendas, llenándola de manchas con inexplicable prontitud. El buen hombre esperaba á que la cocinera le advirtiera la vejez de su sombrero, para renovarlo. Llevaba siempre la corbata torcida y nunca procuraba remediar el desorden que su golilla de juez causaba en el abarquillado cuello de su camisa. No cuidaba para nada su cabellera gris y se afeitaba la barba dos veces por semana. Aquel magistrado no llevaba nunca guantes, y generalmente, se metía las manos en sus recios bolsillos, cuya sucia entrada, casi siempre descosida, añadía un rasgo más á la negligencia de su persona. El que haya frecuentado la Audiencia de París, lugar donde se observan todas las vanidades del traje negro, podrá figurarse el aspecto que ofrecía el señor Popinot. La costumbre de estar sentado días enteros modifica mucho el cuerpo, del mismo modo que el aburrimiento originado por las interminables discusiones de los pleitistas, obra sobre la fisonomía de los magistrados. Encerrado en salas poco espaciosas, sin majestad arquitectónica y donde el aire se vicia muy pronto, el juez parisiense acaba por tener una cara ceñuda y arrugada y entristecida por el aburrimiento, y su tez se marchita y contrae tonos verdosos ó terrosos, según el temperamento del individuo. En fin, á la larga, el joven más guapo y robusto se convierte en una pálida máquina de *considerandos*, en un autómatas que aplica el código á todos los casos, con la flema de las manecillas de un reloj. Resulta, pues, que si la naturaleza había dotado al señor Popinot de un exterior poco agradable, el ejercicio de la magistratura no le había embellecido. Su contextura ofrecía chocantes contrastes: sus gruesas rodillas, sus grandes pies y sus anchas manos, contrastaban con una cara sacerdotal, que tenía cierta semejanza con la cabeza de una ternera, y que estaba mal iluminada por unos ojos blanquecinos desprovistos de sangre, par-

tida por una nariz recta y aplanada, rematada por una frente sin protuberancia y decorada por dos inmensas orejas. Sus cabellos, finos y poco abundantes, dejaban ver su cráneo á intervalos. Un solo rasgo recomendaba este rostro al fisonomista. Este hombre tenía una boca en cuyos labios se adivinaba una bondad divina. Dichos labios, gruesos y rojos, con mil arrugas, sinuosos, expresivos, en los que la naturaleza había impreso la huella de los hermosos sentimientos, hablaban al corazón y anunciaban en aquel hombre la inteligencia, la franqueza, el don de la adivinación y una gracia angelical; de modo que no lo hubiesen comprendido, juzgándole únicamente por su frente deprimida, por sus ojos sin calor y por su vulgar aspecto. Su vida estaba en armonía con su fisonomía, pues encerraba infinidad de trabajos secretos y ocultaba la virtud de un santo. Sus profundos estudios acerca del Derecho fueron tan gran recomendación para Napoleón cuando reorganizó la justicia en 1806 y en 1811, que, por consejo de Combaceres, fué uno de los primeros nombrados para ocupar la Audiencia imperial de París. Popinot no era intrigante. A cada nueva exigencia, á cada nueva recomendación, el ministro postergaba á Popinot, el cual no puso nunca los pies ni en casa del archicanciller ni en casa del gran juez. De la Audiencia fué, pues, descendiendo hasta el último escalón, á causa de las intrigas de las gentes activas é intrigantes. Por fin, llegó hasta ser nombrado juez suplente. Un grito general se levantó en la Audiencia. «¡Popinot juez suplente!» Esta injusticia asombró á todo el mundo judicial, á los abogados, á los ujieres, á todos en general, excepto á Popinot, que no se quejó. Pasado el primer clamoreo, todo el mundo pensó que no hay mal que por bien no venga, y Popinot siguió siendo juez suplente hasta el día en que el ministro de Justicia más célebre de la Restauración vengó los agravios hechos por los jueces del Imperio á este hombre modesto y silencioso. Después de haber sido juez suplente durante doce años, el señor Popinot debía sin duda morir siendo únicamente juez del tribunal del Sena.

Para explicar el obscuro destino de uno de los hombres más eminentes de la magistratura, es necesario hacer aquí algunas consideraciones que servirán para poner de manifiesto su vida y su carácter, y descubrir, al mismo tiempo, algunas de las ruedas de esa gran máquina llamada justicia.

El señor Popinot fué clasificado por los tres presidentes que tuvo sucesivamente el tribunal del Sena, en la categoría de los *leguleyos*, única palabra que puede expresar la idea que de él tenían. No obtuvo, pues, con aquellos señores la reputación de capacidad que sus trabajos le habían dado anteriormente. Del mismo modo que un pintor permanece invariablemente encerrado dentro de la categoría de los paisajistas, de los retratistas, de los pintores de historia ó de marina para el público de los artistas, inteligentes ó necios que, por envidia, por omnipotencia crítica ó por preocupación, ponen trabas á su inteligencia, creyendo todos que hay callos ó durezas en todos los cerebros, estrecheces de juicio que el mundo aplica á los escritores, á los hombres de Estado y á todas las gentes que empiezan por una especialidad antes de ser proclamados universales, asimismo, Popinot encontró mil obstáculos dentro de su carrera. Los magistrados, los abogados, los procuradores, todo ese mundo que se alimenta en el terreno judicial, distingue dos elementos en toda causa: el derecho y la equidad. La equidad resulta de los hechos y el derecho es la aplicación de los principios á los hechos. Un hombre puede tener razón en equidad y no tenerla en justicia, sin que el juez sea acusable. Entre la conciencia y el hecho existe un abismo de razones determinantes, que son desconocidas para el juez y que condenan ó legitiman un hecho. Un juez no es Dios, y su deber es adaptar los hechos á los principios, juzgar especies variadas hasta lo infinito, sirviéndose de una medida determinada. Si el juez tuviese poder para leer en la conciencia y conocer los motivos á fin de que las sentencias fuesen equitativas, cada juez sería un gran hombre. Francia necesita próximamente unos seis mil jueces, y como ninguna generación cuenta con seis mil eminencias, claro es que tampoco puede contar con ellas la magistratura. En medio de la civilización parisiense, Popinot era un caudillo muy hábil, que, gracias á su talento y á fuerza de haber manejado la ley, hab'a acabado por reconocer el defecto que implican las aplicaciones espontáneas y violentas. Ayudado por su poder de adivinación judicial, penetraba la envoltura de la doble mentira, bajo la cual ocultan los litigantes el interior de los pleitos. Juez, como el ilustre Desplein cirujano, penetraba las conciencias como este sabio penetraba los cuerpos. Su vida y sus costumbres le habían

llevado á la apreciación exacta de los pensamientos más secretos mediante el examen de los hechos. Este magistrado escudriñaba un proceso como Cuvier el humus del globo. Como este gran pensador, iba de deducción en deducción antes de concluir, y reproducía el pasado de la conciencia, del mismo modo que descubría Cuvier un anopluro. Cuando tenía que hacer algún informe, despertábase á veces por la noche sorprendido por un filón de verdad que brillaba de pronto en su pensamiento. Indignado ante las profundas injusticias que rematan estos hechos, en los que todo va en contra del hombre honrado ó en provecho de los bribones, dictaba á veces sentencia contra derecho en favor de la equidad en aquellos en que se trataba de cuestiones en cierto modo adivinaticias. Pasaba, pues, entre sus colegas por hombre poco práctico, y sus extensos resultandos prolongaban, por otra parte, las deliberaciones; de modo que cuando Popinot echó de ver la repugnancia con que le escuchaban sus compañeros, optó por informar con brevedad. Decíase que juzgaba mal cierta clase de asuntos; pero como su genio de apreciación era sorprendente, su inteligencia clara y su penetración profunda, fué reputado al fin como hombre de actitud especial para las penosas funciones de juez de instrucción, resultando de aquí que permaneció en este cargo durante la mayor parte de su vida. Aunque sus cualidades le hiciesen eminentemente apto para esta difícil carrera, y aunque tuviese, para algunos, reputación de ser un profundo criminalista que ejercía con cariño su profesión, es lo cierto que la bondad de su corazón le torturaba constantemente y se veía cogido entre su conciencia y su piedad, como entre la espada y la pared. Aunque mejor retribuidas que las del juez civil, las funciones del juez de instrucción no tientan á nadie, porque acarrean demasiada sujeción. Popinot, hombre modesto, virtuoso y sabio, sin ambición y trabajador infatigable, no se quejó nunca de su destino; hizo al público el sacrificio de sus gustos y de su benevolencia y se dejó desterrar á las lagunas de la instrucción criminal, donde supo ser á la vez severo y benévolo. A veces, su escribano entregaba al procesado dinero para comprar tabaco ó ropa, al acompañarle desde el despacho del juez á la Ratonera, prisión temporal que ocupan los procesados mientras están á disposición del juez instructor. Popinot sabía ser juez inflexible y hombre ca-

ritativo; nadie obtenía más fácilmente que él confesiones sin recurrir á astucias judiciales, y tenía, por otra parte, la penetración del observador. Este hombre, dotado de bondad, estúpido en apariencia, sencillo y distraído, adivinaba las argucias de los graciosos del presidio, desenmascaraba á las mujerzuelas más astutas y sabía imponerse á los malvados. Circunstancias poco conocidas habían aguzado su perspicacia, pero para dar cuenta de ellas, es necesario penetrar en su vida íntima, pues Popinot sólo era juez, mirado desde el punto de vista social. En su vida íntima era un hombre más grande aún y menos conocido.

Doce años antes del día en que empieza esta historia, en 1816, durante aquella terrible penuria que coincidió fatalmente con la permanencia de los titulados aliados de Francia, Popinot fué nombrado presidente de la comisión extraordinaria instituída para distribuir socorros á los indigentes de su distrito, en el momento en que proyectaba abandonar la calle de Fouarre, cuya habitación le gustaba tan poco á él como á su mujer. Este gran jurisconsulto, este gran criminalista, cuya superioridad parecía á sus colegas una aberración, hacía ya cinco años que conocía los resultados judiciales, sin haber tenido en su poder las causas. Subiendo á las buhardillas, viendo de cerca la miseria, estudiando las crueles necesidades que impulsan gradualmente á los pobres á hacer acciones vituperables y midiendo, en fin, sus prolongadas luchas, acabó por sentir una gran compasión. Este juez se convirtió entonces en el san Vicente de Paul de aquellos desgraciados, de aquellos obreros miserables. Su transformación no fué de pronto completa. La benevolencia tiene su pendiente, como los vicios tienen la suya. La caridad devora la bolsa del santo como la ruleta se come los bienes del jugador: gradualmente. Popinot fué de infortunio en infortunio y de limosna en limosna, y después, cuando hubo levantado todos los andrajos que forman á la miseria pública una especie de aparato bajo el cual se oculta una llaga febril, se convirtió en Providencia de su distrito. Fué nombrado miembro del comité de beneficencia y de caridad. Dondequiera que se trataba de ejercer funciones gratuitas, aceptaba él un puesto y obraba sin énfasis, á la manera del *hombre de la capita* que pasa su vida llevando sopas á los mercados y á los lugares donde están las gentes hambrientas. Popinot tenía la dicha de

obrar en una circunferencia más vasta y en una esfera más elevada: lo vigilaba todo, prevenía el crimen, daba trabajo á los obreros desocupados, buscaba colocación apropiada para los delicados, distribuía socorros con discernimiento en todos los puntos amenazados y se constituía en consejero de la viuda, en protector de los niños sin asilo y en comendatario de los pequeños comercios. Ni en París ni en la Audiencia conocía nadie la vida secreta de Popinot. Existen virtudes tan grandes, que llevan consigo la obscuridad, porque los hombres que las practican se apresuran á ocultarlas. Respecto á los protegidos del magistrado, como todos trabajaban durante el día y dormían, muertos de cansancio, durante la noche, no les quedaba tiempo para alabar á Popinot: tenían, en una palabra, la ingratitud de los niños, los cuales no pueden nunca pagar lo que deben porque deben demasiado. Existen ingratitudes obligadas; pero ¿qué corazón es capaz de sembrar el bien para recoger el agradecimiento y creerse grande? Desde el segundo año de su secreto apostolado, Popinot había acabado por convertir en locutorio el almacén del piso bajo de su casa, que estaba iluminado por las tres ventanas con reja de hierro. Las paredes y el techo de esta gran pieza habían sido blanqueadas con cal, y el mobiliario consistía en bancos de madera semejantes á los de las escuelas, en un tosco armario, en una mesa despacho de nogal y en un sofá. En el armario encerraba los registros de beneficencia, los modelos de *bonos de pan* y el periódico. Llevaba sus escritos comercialmente, á fin de no ser engañado por su corazón. Todas las miserias del barrio estaban numeradas y clasificadas en un libro, donde cada desgracia tenía su cuenta, como la que lleva el comerciante de sus distintos deudores. Cuando había alguna duda acerca de alguna familia ó de alguna persona desvalida, el magistrado pedía informes á la policía de seguridad que estaba á sus órdenes. Lavienne, criado educado por el amo, era su ayuda de campo. El desempeñaba ó renovaba las papeletas del Monte de Piedad y corría á los lugares más amenazados, mientras su amo trabajaba en la Audiencia. De cuatro á siete de la mañana en verano, y de seis á nueve en invierno, esta sala estaba llena de mujeres, de niños y de indigentes, á los que Popinot daba audiencia, y no había ninguna necesidad de poner estufa en invierno, porque la gente abundaba tanto, que acababa por caldear la

atmósfera. Lavienne se limitaba únicamente á colocar un poco de paja sobre el pavimento, que estaba demasiado húmedo. Á la larga, los bancos acabaron por ponerse brillantes como la caoba barnizada, y á la altura de un hombre próximamente, el muro había recibido no sé qué pintura aplicada por los andrajos y las ropas deshechas de aquellos pobres. Estos desgraciados amaban tanto á Popinot, que, cuando al amanecer, y antes de abrir la puerta, se agrupaban delante de ésta, las mujeres soplándose los dedos y los hombres braceando para calentarse, unas y otros no profesaban el menor grito ni el más insignificante murmullo, á fin de no turbar su sueño. Los traperos y las gentes que tenían ocupación por la noche, conocían aquella casa y veían á veces el despacho del magistrado alumbrado á deshora. Finalmente, los ladrones decían al pasar: «He ahí su casa», y la respetaban. La mañana pertenecía á los pobres, la tarde á los criminales y la noche á los trabajos judiciales.

El genio de observación que poseía Popinot era, pues, natural, y se comprendía que adivinase las virtudes de la miseria, los buenos sentimientos heridos, las buenas acciones en principio y las abnegaciones desconocidas, del mismo modo que iba á buscar al fondo de las conciencias los más insignificantes detalles del crimen y los hilos más tenues de los delitos para poder después juzgarlos. El patrimonio de Popinot ascendía á mil escudos de renta. Su mujer, hermana de Bianchón padre, médico de Sancerre, le había aportado el doble, había muerto hacía cinco años y había dejado su fortuna á su marido. Como el sueldo del juez suplente no es considerable y como Popinot era juez efectivo hacía sólo cinco años, fácil es adivinar la causa de su mezquindad en todo lo que concernía á su persona ó á su vida al ver cuán escasas eran sus rentas y cuán grandes eran sus instintos caritativos. Por otra parte, la indiferencia en el vestir ¿no es una prueba distintiva del hombre de ciencia del arte cultivado con locura, ó del pensamiento perpetuamente activo? Para acabar su retrato, bastará decir que Popinot pertenecía al escaso número de los jueces del tribunal del Sena á los que no había sido concedida la condecoración de la Legión de honor.

Tal era el hombre á quien el presidente de la segunda sala del tribunal á que pertenecía Popinot, que pertenecía hacía dos años al número de los jueces civiles, había comi-

sionado para proceder al interrogatorio del marqués de Espard á causa de la demanda presentada por su mujer á fin de obtener un interdicto.

La calle de Fouarre, donde hormigueaban al amanecer tantos desgraciados, había quedado desierta á las nueve de la mañana y recobraba su aspecto sombrío y miserable. Bianchón arreó, pues, á su caballo á fin de sorprender á su tío en medio de la Audiencia. No pensó sin reirse en el extraño contraste que produciría el juez al lado de la marquesa de Espard; pero se prometió lograr que su tío se cambiase de ropa, á fin de evitar el ridículo.

—Pero ¿quién sabe si mi tío tendrá una levita nueva? se decía Bianchón cuando entraba por la calle de Fouarre. Me parece que haría bien en entenderme directamente con Lavienne.

Al ruido del cabriolé, una docena de pobres sorprendidos salieron de debajo del pórtico y se descubrieron al reconocer al médico; pues Bianchón, que visitaba gratis á los enfermos que le recomendaba el juez, no era menos conocido que éste para los desgraciados reunidos allí. Bianchón vió á su tío en medio del locutorio, cuyos bancos estaban llenos de indigentes que ofrecían las grotescas singularidades de trajes, cuya vista detiene en plena calle á los transeuntes menos artistas. No hay duda alguna que un dibujante, un Rembrandt, si existiese alguno en nuestros días, hubiera encontrado allí asunto para un cuadro magnífico al ver á aquellos miserables inmóviles y silenciosos. Aquí, la arrugada cara de un austero anciano de barba blanca y de cráneo apostólico, hubiera sido un modelo hermoso para un san Pedro: su pecho, descubierto en parte, dejaba ver unos músculos salientes, indicio de un temperamento de bronce que le había servido de punto de apoyo para sostener todo un poema de desgracias. Allí, una joven daba el pecho á su hijo menor para impedir que llorase, teniendo al mismo tiempo entre sus rodillas á otro de unos cinco años de edad. Aquel seno cuya blancura brillaba en medio de los andrajos, aquel niño de transparentes carnes, y su hermano, cuya postura revelaba su porvenir de pilluelo, enternecían el alma al ver la especie de gracioso contraste que ofrecían con la larga fila de caras amoratadas por el frío, en medio de las cuales se veía esta familia. Más lejos, una anciana, pálida y fría, presentaba ese rostro repugnante del pauperismo suble-

vado y dispuesto á vengarse en un día de sedición de todas sus penas pasadas. Veíase allí también al obrero joven, débil y perezoso, cuya mirada, llena de inteligencia, anunciaba elevadas facultades comprimidas por necesidades combatidas en vano. Las mujeres estaban en mayoría; sus maridos, salidos muy de mañana para sus talleres, les dejaban sin duda el cuidado de defender la causa del hogar con ese espíritu que caracteriza á la mujer del pueblo, que es casi siempre la reina de su chiribitil. Allí hubieseis visto en todas las cabezas pañuelos hechos girones, faldas bordadas con barro, toquillas desgarradas, jubones sucios y agujereados; pero en todas partes ojos que brillaban como otras tantas llamas. Reunión horrible cuyo aspecto inspiraba al principio repugnancia, pero que no tardaba en causar terror cuando se echaba de ver que la resignación puramente fortuita de aquellas almas que luchaban con todas las necesidades de la vida, era una especulación fundada en la beneficencia. Las dos bujías que iluminaban el locutorio vacilaban en medio de una especie de niebla causada por la hedionda atmósfera de aquel lugar mal ventilado.

Mas no creáis que era el magistrado el personaje menos pintoresco de aquella asamblea. Cubría su cabeza un gorro de algodón rojizo, y como iba sin corbata, su cuello, rojo de frío y arrugado, se dibujaba perfectamente sobre el cuello pelado de su vieja bata. Su ajado rostro tenía esa expresión medio estúpida que comunica siempre la preocupación. Su boca, como la de todos los que trabajan, estaba recogida y cerrada como la bolsa cuyos cordones se han apretado fuertemente. Su contraída frente parecía soportar el peso de todas las confesiones que le hacían. Popinot oía, analizaba y juzgaba á la vez. Atento como un prestamista, sus ojos dejaban sus libros para penetrar hasta el fuero interno de los individuos que examinaba con la rapidez de visión con que los avaros expresan sus inquietudes. De pie, detrás de su amo, y dispuesto á ejecutar sus órdenes, Lavienne hacía sin duda de agente de policía y acogía á los recién llegados animándoles contra su propia vergüenza. Cuando el médico apareció, hubo un gran movimiento en los bancos. Lavienne volvió la cabeza y quedó sumamente sorprendido al ver á Bianchón.

—¡Ah! ¿estás ahí, hijo mío? dijo Popinot estirando los brazos. ¿Qué te trae á estas horas?

—Temía que hiciese usted, sin verme á mí antes, cierta visita judicial respecto á la cual quiero hablarle.

—Y bien, ¿qué hay? repuso el juez dirigiéndose á una mujer gruesa y pequeña que permanecía de pie junto á él. Hija mía, si no me dice usted lo que quiere, yo no podré adivinarlo.

—Dese usted prisa, le dijo Lavienne. ¿No ve usted que quita tiempo á los demás?

—Señor, dijo por fin la mujer ruborizándose y bajando la voz de modo que no pudiese ser oída más que por Popinot y por Lavienne, yo soy tendera y tengo á mi hijo menor en casa de una nodriza á la que le debo un mes. Yo ya había escondido el dinero para pagarle, pero...

—Vamos, sí, se lo cogió su marido, dijo Popinot adivinando el desenlace de la confesión.

—Sí, señor.

—¿Cómo se llama usted?

—La Pomponne.

—¿Y su marido?

—Toupinet.

—Callé de Petit-Banquier, repuso Popinot hojeando su registro. Está en la cárcel, dijo leyendo una observación escrita en el margen de la página en que estaba inscripta aquella familia.

—Sí, por deudas, mi querido señor.

Popinot meneó la cabeza.

—Pero, señor, vea usted que no tengo con qué comprar mercancías, pues el propietario vino ayer y me obligó á pagarle, amenazándome con despedirme.

Lavienne se inclinó hacia su amo y le dijo algunas palabras al oído.

—Está bien. ¿Qué necesita usted para comprar las frutas en el mercado?

—Yo, señor... necesitaría para continuar mi comercio... sí, necesitaría lo menos diez francos.

Oído esto, el juez hizo una seña á Lavienne, el cual sacó los diez francos de un saco y se los entregó á la mujer, mientras que el juez inscribía el préstamo en su registro. Al ver el movimiento de alegría que hizo la tendera, Bianchón comprendió las ansiedades y los apuros que aquella mujer había pasado para decidirse á ir á pedir auxilio á casa del juez.

—A usted, dijo Lavienne al anciano de barba blanca.

Bianchón llamó al criado aparte y le preguntó si duraría mucho aquella audiencia.

—El señor ha recibido á más de doscientas personas esta mañana, y aún le quedan ochenta, dijo Lavienne. Entiendo, pues, que el señor doctor tendría aún tiempo para ir á hacer sus primeras visitas.

—Hijo mío, dijo el juez volviéndose y cogiendo á Horacio por el brazo, toma, aquí tienes la dirección de dos visitas que están cerca, la una en la calle del Sena y la otra en la del Arbalete. Corre. En la calle del Sena acaba de asfixiarse una joven, en la del Arbalete encontrarás á un hombre que habrá de ser trasladado á tu hospital. Te espero para almorzar.

Bianchón volvió al cabo de una hora. La calle de Fouarre estaba desierta, el día empezaba á despuntar en ella, su tío subía á sus habitaciones, el último pobre cuya miseria acababa de aliviar el magistrado se marchaba y el saco de Lavienne estaba vacío.

—Bueno, ¿y cómo están? dijo el juez al doctor subiendo la escalera.

—El hombre está muerto, respondió Bianchón; la joven creo que se salvará.

Desde que la mirada y la mano de una mujer faltaban, la habitación que ocupaba Popinot había tomado un aire que estaba en perfecta armonía con el del amo. La incuria del hombre, motivada por la persistencia de un pensamiento dominante, imprimía su extraño sello á todas las cosas. Polvo inveterado por todas partes, en todas partes cambios de destino á los objetos, recordando así esa industria que se implanta con tanta frecuencia en el hogar del soltero. Allí se veían papeles sobre los muebles, platos olvidados, eslabones fosfóricos convertidos en palmatorias en el momento en que era preciso buscar algo, cambios parciales de muebles que obedecieron á un pensamiento empezado y olvidado luego, en una palabra, todos los revoltijos y los vacíos ocasionados por pensamientos de arreglo abandonados. Pero el despacho del magistrado, en el que imperaba más aún este incesante desorden, acusaba su constante permanencia en él y los apuros del hombre agobiado por los negocios y perseguido por múltiples necesidades. La biblioteca parecía haber sido objeto de un pillaje; los libros yacían amontonados en unos sitios y desparramadas las hojas por el suelo en

otros; los paquetes de expedientes y juicios, colocados en línea, á lo largo de la biblioteca, llenaban el suelo. Este suelo no había sido barrido hacía dos años. Las mesas y los muebles estaban cargadas de *exvotos* llevados por la miseria agradecida. Sobre los floreros de porcelana azul que adornaban la chimenea relucían dos globos de cristal, en cuyo interior había diversos colores mezclados, todo lo cual les daba la apariencia de un curioso producto de la naturaleza. Ramilletes de flores artificiales y cuadros en los que las iniciales de Popinot estaban rodeadas de corazones y de siemprevivas, decoraban las paredes. Aquí cajitas de madera pretenciosamente hechas y que no podían servir para nada. Allí prensapapeles trabajados con el gusto de las obras ejecutadas en presidio por los forzados. Estas obras maestras de la paciencia, estas muestras de gratitud y aquellos ramilletes secos daban al cuarto y al despacho del juez el aspecto de una tienda de juguetes. El buen hombre se servía de estas obras como de memorialines y las llenaba de notas, de plumas olvidadas y de papeles menudos. Estos sublimes testimonios de una caridad divina estaban llenos de polvo y carecían de pintura. Algunos pájaros, perfectamente embalsamados, pero comidos por la polilla, se levantaban en aquel bosque de baratijas, donde dominaba un angora, gato favorito de la señora Popinot, á la cual un naturalista tronado se lo había restituido, sin duda con todas las apariencias de la vida, pagando así por un tesoro eterno una ligera limosna. Algún artista del barrio había hecho también los retratos de los señores Popinot. Hasta en la alcoba que servía de dormitorio se veían pelotas bordadas, paisajes bordados y cruces de papel doblado, cuyos detalles denotan un trabajo inmenso. Las cortinas de las ventanas estaban ennegrecidas por el humo y los cortinajes no tenían ya color. Entre la chimenea y la gran mesa cuadrada en que trabajaba el magistrado, la cocinera había puesto un velador, y sobre él dos tazas de café con leche. Como la luz, interceptada por los cristales sucios, no llegaba hasta allí, la cocinera había dejado dos bujías cuya mecha, desmesuradamente larga, formaba un gran pabito y proyectaba esa luz rojiza que hace durar más la bujía, gracias á la lentitud de la combustión, descubrimiento éste debido á los avaros.

—Querido tío, debía usted de abrigarse más cuando baja al locutorio.

—¡Qué quieres! me da lástima hacer esperar á esas pobres gentes. Y bien, ¿qué se te ofrece?

—Vengo á invitarle á usted á comer mañana en casa de la marquesa de Espard.

—¿Alguna parienta nuestra? preguntó el juez, con un aire tan ingenuamente preocupado, que Bianchón se echó á reír.

—No, tío, la marquesa es una encopetada y poderosa dama que ha presentado una demanda á los tribunales con objeto de interdecir á su marido, y usted es el encargado de ese asunto.

—¿Y quieres que vaya á comer á su casa? ¿Estás loco? dijo el juez echando mano del código. Mira, lee el artículo que prohíbe al magistrado comer y beber en casa de ninguna de las partes que tiene que juzgar. Si tu marquesa tiene que decirme algo, que venga á verme. Sí, efectivamente, mañana tenía que ir á interrogar á su marido después de examinar esta noche la demanda.

Y esto diciendo, se levantó, tomó un protocolo que se encontraba al alcance de su mano, y, después de haber leído el título, dijo:

—Aquí están las piezas; y puesto que esa encopetada y poderosa dama te interesa, veamos la demanda.

Popinot se cruzó la bata, que llevaba casi siempre desabrochada dejando al descubierto su pecho, sumergió una tostada en su café, ya casi frío, y buscó la demanda para leerla, si bien permitiéndose algunos paréntesis y algunas discusiones en las que tomó parte su sobrino.

«Al señor presidente del Tribunal civil de primera instancia del departamento del Sena:

»Doña Juana Clementina Atanasia de Blamont-Chauvry, esposa de don Carlos Mauricio María Andoche, conde de Negrepelisse, marqués de Espard (buena nobleza), propietario; la dicha señora de Espard, que vive en la calle del arrabal de Saint-Honoré, número 104, y el dicho señor de Espard, habitante en la calle de Sainte-Genevieve, número 22 (¡ah! sí, el señor presidente me dijo que era en mi barrio), teniendo por procurador al señor Desroches...»

—¡Desroches! un farsante, un hombre muy mal visto por los tribunales y por sus colegas, y que perjudica á sus clientes.

—No, pobre muchacho, dijo Bianchón; desgraciadamente lo que pasa es que carece de fortuna y se arregla como puede.

«Tiene el honor de exponerle, señor presidente, que hace ya un año que las facultades morales é intelectuales del señor de Espard, mi marido, han sufrido una alteración tan profunda, que constituyen hoy el estado de demencia y de imbecilidad previsto por el artículo 486 del Código civil, y exigen en favor de su fortuna, de su persona y en interés de sus hijos, que viven con él, la aplicación de las disposiciones determinadas por el mismo artículo;

»Que, en efecto, el estado moral del señor de Espard, el cual ofrecía hace ya algunos años temores graves, fundados en el sistema adoptado por él para el gobierno de sus negocios, ha dado un gran paso durante este último año, sobre todo hacia la imbecilidad más completa; que la voluntad, en primer término, ha sufrido los efectos del mal, y que el anonadamiento ha dejado al señor marqués de Espard entregado á todos los peligros de una incapacidad demostrada por los siguientes hechos:

»Hace ya tiempo que todas las rentas que procuran los bienes del marqués de Espard, pasan, sin causas plausibles y sin ventajas, á manos de una vieja, cuya repugnante fealdad es por todos reconocida y que se llama la señora Jeanrenaud, habitante tan pronto en París, en la calle de Vrilliere, número 8, como en Villeparisis, cerca de Claye, departamento del Sena y Marne, adonde va para favorecer á su hijo, de treinta y seis años, oficial de la ex guardia imperial, el cual, por mediación del señor marqués de Espard, ha sido destinado á la guardia real en calidad de jefe de escuadrón del primer regimiento de coraceros. Estas personas, reducidas en 1814 á la última miseria, han adquirido sucesivamente inmuebles de un precio considerable, entre los cuales se cuenta como último un palacio grande en la calle de Verte, donde el señor Jeanrenaud hace actualmente gastos considerables á fin de establecerse allí con la señora Jeanrenaud, su madre, para llevar á cabo el matrimonio que intenta, cuyos gastos se elevan ya á más de cien mil francos. Este matrimonio se lleva á cabo gracias á la intervención del señor marqués de Espard, que influye sobre su banquero, el señor Mongenod, cuya sobrina ha sido pedida en matrimonio por el dicho señor Jeanrenaud. El señor de Espard prometió su influencia para obtener del señor Jeanrenaud el título de barón. Este nombramiento se llevó á cabo á instancias del marqués de Espard, por real orden de Su Ma-

jestad, fechada en 29 de diciembre último, como puede ser justificado por Su Grandeza monseñor el ministro de Justicia, si el tribunal juzgase necesario recurrir á su testimonio.

»Que ninguna razón, ni aun de aquellas que reprueban igualmente la moral y la ley, puede justificar el imperio que la señora viuda de Jeanrenaud ejerce sobre el marqués de Espard, el cual, por otra parte, la visita rara vez; ni puede tampoco explicar su extraño afecto por el dicho barón de Jeanrenaud, con quien tiene también poco trato; á pesar de lo cual su autoridad parece ser tan grande, que siempre que necesitan dinero, aunque sólo sea para satisfacer sencillos caprichos, esta dama ó su hijo...»

—¿Eh? ¿eh? razón que la moral y la ley reprueban. ¿Qué quiere insinuarnos con esto el pasante ó el procurador? dijo Popinot.

Bianchón se echó á reír.

«...Esta dama ó su hijo obtienen sin traba cuanto quieren del marqués de Espard, y á falta de dinero contante, ésta firma letras de cambio negociadas por el señor Mongenod, que se ha ofrecido á la solicitante para declararlo así;

»Que, por otra parte, en confirmación de estos hechos ha ocurrido recientemente que, con motivo de la renovación de los arriendos de la tierra de Espard y como los arrendadores hubiesen dado una suma bastante importante por la renovación de sus contratos, el señor Jeanrenaud se ha hecho cargo inmediatamente de la citada suma;

»Que la voluntad del marqués de Espard influye tan poco en el abandono de estas sumas, que cuando se le ha hablado de ello ha parecido que ni siquiera las recordaba; que siempre que personas formales le han inrrogado acerca del apego que tiene á estos dos individuos, sus respuestas han indicado una renuncia tan completa de sus intereses y de sus ideas, que hace suponer que existe en este asunto una causa oculta sobre la cual llama la atención la atención de la justicia, toda vez que es imposible que esta causa deje de ser criminal, abusiva y violenta, ó de una naturaleza apreciable por la medianía legal, cuando esta obsesión no sea del género de las que implican abusos de fuerzas morales y que sólo se pueden clasificar sirviéndose del término extraordinario *brujería*...»

—¡Diablo! ¿qué dices á esto, doctor? repuso Popinot. Estos hechos son muy extraños.

—Bien pudieran ser efecto del poder magnético, respondió Bianchón.

—¿Cómo! ¿también tú crees en las tonterías de Mesmer y en el poder de ver á través de las paredes?

—Sí, tío, dijo gravemente el doctor. Precisamente pensaba en ello mientras le oía leer esa demanda. En otra esfera de acción he observado varios hechos análogos relativos al imperio sin límites que un hombre puede adquirir sobre otro. En contra de la opinión de mis colegas, yo estoy completamente convencido del poder, de la voluntad considerada como fuerza motriz. Charlatanismo aparte, diré á usted que he visto varias veces los efectos de esta *posesión*. Los actos prometidos al magnetizador por el magnetizado durante el sueño, han sido verificados escrupulosamente en el estado de vigilia. La voluntad del uno había pasado á ser la voluntad del otro.

—¿En toda clase de actos?

—Sí.

—¿Aunque sean criminales?

—Aunque sean criminales.

—Sólo tú podías decírmelo para que yo escuchase semejante cosa.

—Ya se lo haré á usted ver, dijo Bianchón.

—¡Hem, hem! hizo el juez. Aun suponiendo que la causa de esta pretendida *posesión* perteneciese á este orden de hechos, sería difícil probarlo y lograr que la justicia lo admitiese.

—Pues lo que es, si esa señora Jeanrenaud es tan sumamente fea y vieja, no veo qué otro medio de seducción podría emplear, dijo Bianchón.

—Pero, repuso el juez, en 1814, época en la que la seducción había empezado, esa mujer debía tener catorce años menos, y si ha estado unida diez años antes con el señor de Espard, estos cálculos de fechas nos transportan á veintiocho años atrás, época en la cual la tal dama podría ser joven y bonita y haber conquistado para ella y para su hijo, por medios muy naturales, un imperio sobre el señor de Espard, imperio del que muchos hombres no saben librarse. Si la causa de este imperio parece reprehensible á los ojos de la justicia, es justificable á los ojos de la naturaleza. La señora Jeanrenaud se había enfadado acaso con motivo del matrimonio contraído en quella época por el señor marqués

de Espard con la señorita de Blamont-Chauvry, y muy bien pudiera ser que en el fondo de todo esto no hubiera más que una rivalidad de mujer, puesto que el marqués no vive hace ya mucho tiempo con la marquesa de Espard.

—Pero, ¿y esa fealdad repulsiva, tío?

—El poder de las seducciones, repuso el juez, está en razón directa con la fealdad. Esto ya es sabido. Por otra parte, hay que tener en cuenta, doctor, que ha pasado la viruela. Pero continuemos.

«Que desde el año 1815, para poder entregar las sumas exigidas por estas dos personas, el señor marqués de Espard se ha ido á vivir con sus dos hijos á la calle de la Montagne-Sainte-Genevieve, á un piso cuya miseria es indigna de su nombre y de su fortuna (cada uno vive donde le da la gana); que educa á sus dos hijos, ó sean, el conde Clemente de Espard y el vizconde Camilo de Espard, de un modo que está en desacuerdo con su porvenir y su calidad; que muchas veces la falta de dinero es tal, que aun no hace mucho tiempo que el propietario de la casa, un tal señor Marias, llevó á cabo el embargo de los muebles; que cuando este medio de persecución fué efectuado en su presencia, el marqués de Espard ayudó al alguacil, á quien trató como si fuese una persona de alto rango, prodigándole todas las pruebas de cortesía y atención que hubiera tenido con una persona que le hubiera superado en posición y dignidad...»

El tío y el sobrino se miraron y se rieron.

«Que por lo demás, todos los actos de su vida, aparte de los hechos alegados en lo que atañe á la señora viuda de Jeanrenaud y al señor barón de Jeanrenaud, su hijo, atestiguan su locura; que hace ya diez años que se ocupaba exclusivamente de la China, de sus costumbres, de sus trajes y de su historia; que se refiere siempre en todo á las costumbres chinas; que, interrogado acerca de este punto, confunde los asuntos de la época y los acontecimientos de la víspera, con los hechos relativos á la China; que, comparando la política china con los actos del gobierno, censura la política del rey, aunque, por otra parte, le ame personalmente;

»Que esta monomanía ha llevado al marqués de Espard á ejecutar actos desprovistos de sentido común; que, contrariando las costumbres de su clase y las ideas que profesaba acerca de los deberes de la nobleza, ha emprendido un

gocio comercial para el que suscribe á diario letras que amenazan su honor y su fortuna, puesto que le dan carácter de negociante, y pueden, si deja de pagar alguna, hacer que le declaren en quiebra; que estas obligaciones contraídas con los comerciantes de papel, los litógrafos, los impresores y los dibujantes, que le han proporcionado los elementos necesarios para la publicación de su obra titulada: *Historia pintoresca de la China*, publicación que se hace por entregas, son de tal importancia, que estos mismos proveedores han suplido á la exponente que requiera la interdicción del marqués de Espard á fin de salvar sus créditos...»

—¡Ese hombre está loco! exclamó Bianchón.

—Pero ¿crees tú esto? dijo el juez. Es preciso oírle. Para fallar un pleito hay que oír á las dos partes.

—Pero me parece... dijo Bianchón.

—Me parece, dijo Popinot, que si algún pariente mío quisiese apoderarse de la administración de mis bienes, y en lugar de ser yo simple juez, cuyo estado moral pueden examinar todos los días mis colegas, fuese duque ó par, un procurador tan astuto como Desroches podría presentar una demanda semejante contra mí.

«Que la educación de sus hijos es víctima de esta monomanía, y que, en lugar de darles la educación que les corresponde, les hace aprender los hechos de la historia china que contradicen las doctrinas de la religión católica, y les hace estudiar los dialectos chinos...»

—Aquí, Desroches me parece raro, dijo Bianchón.

—La demanda ha sido redactada por su primer pasante Godeschal, á quien tú conoces y el cual ya sabes que tiene poco de chino, dijo el juez.

«Que tiene frecuentemente á sus hijos desprovistos de las cosas más necesarias; que la exponente, á pesar de sus instancias, no puede verlos; que el señor marqués de Espard se los lleva una sola vez al año; que, sabiendo las privaciones á que están expuestos, la madre ha hecho vanos esfuerzos para darles las cosas más necesarias para la existencia, de las cuales carecen...»

—¡Ah! señora marquesa, esto es una farsa. El que prueba demasiado, no prueba nada. Hijo querido, dijo el juez dejando el protocolo sobre sus rodillas, ¿á qué madre le ha faltado nunca corazón, talento y entrañas, hasta el punto de estar muy por debajo de las inspiraciones sugeridas por el